

La geografía en México y su institucionalización académica como disciplina



BOCAMINA

El nacimiento de una disciplina nos ofrece la oportunidad no sólo de conocer el nacimiento de la geografía en México, sino también de acercarnos al difícil proceso de su consolidación como disciplina a lo largo del siglo XIX. Aunque el autor menciona que “el objetivo [del libro] es muy limitado”, pues se circunscribe a la institucionalización académica y profesionalización de esta disciplina, la historia que narra es amplia en temas y problemas, y dirige inteligentemente la atención del lector a un escenario tan atractivo como lo es el político, con sus actores y la interrelación que vivieron éstos con la ciencia que estaba en gestación.

José Omar Moncada Maya decidió dividir el libro en dos partes, división que obedece, más que a una simple temporalidad, a los que él considera antecedentes de la geografía y más tarde su profesionalización y su concepción como una disciplina científica. A través de los siglos en estudio, del XVI al XIX, el autor señala con tino los momentos en que la geografía comenzó, primero, a ser auxiliar de otras ciencias como la física, matemática, astronomía (incluso llegó a confundirse



José Omar Moncada Maya, *El nacimiento de una disciplina: la geografía en México (siglos XVI al XIX)*, México, UNAM, Instituto de Geografía, 2003, 132 pp.



su rol), y luego cómo emprendió su rumbo propio. Con ello no quiero decir que se separó de manera definitiva de las ciencias con las que se acompañó por siglos, sino que simplemente la modernización y la exigencia de las sociedades coadyuvaron a que la geografía definiera su carácter propio. En tiempos actuales, pensar en un deslinde total de la geografía con otras disciplinas como la historia, por ejemplo, conduciría a producciones de conocimiento carentes de sentido geográfico, elemento fundamental para el estudio histórico, pues los acontecimientos, además de darse en el tiempo, se manifiestan en espacios o regiones que requieren de clara definición y ubicación en la geografía del planeta. De ahí que se pueda afirmar que entre la historia y la geografía existen más elementos de vínculo que de separación.

En la primera parte del libro, dedicada primordialmente al periodo virreinal, el autor establece dos vertientes que pueden ser de utilidad para el estudio de la geografía en México. La primera es la identificación que se hace de la geografía con los viajes y expediciones marítimos y terrestres a partir de 1521, año de la Conquista, y la segunda vertiente, ligada a lo que ahora consideramos la historiografía novohispana comprendida en las Crónicas, Descripciones, Relaciones, Diarios, Relatos de viajes y todo tipo de escritura hecha fundamentalmente con el objetivo de informar a la Corona española sobre las características físicas (riquezas, recursos naturales, poblaciones) del nuevo territorio conquistado.

A juicio del autor, el más importante corpus documental en la primera etapa de la dominación española se encuentra contenido en las *Relaciones geográficas del siglo XVI*. Se trata de un cuestionario de 50 “capítulos” o puntos, por medio del cual se deseaba conocer lo mejor posible la situación de los territorios del Nuevo Mundo. Destaca, entre los puntos, la solicitud de elaboración de pinturas que representarían planos de ciudades o villas, así como planos de regiones que permitían identificar al pueblo y su entorno inmediato. Las pinturas son, entonces, una de las pocas representaciones que se tienen del paisaje americano.

De acuerdo con Moncada, la geografía fue concebida en Europa y por consecuencia en las Américas durante los siglos XVII y XVIII como una ciencia físico-matemática, y es por ello que los mejores trabajos de esa época fueron escritos por matemáticos; tal es el caso en México del ilustre Cosmógrafo Real Carlos de Sigüenza y Góngora.

Por otro lado, en esa misma época, la cartografía logró un desarrollo importante ligada a esta corriente físico-matemática. Ello es importante porque a través

de ésta se permite “situar de manera exacta lugares y accidentes geográficos” (Moncada, 2003:25). Esta actividad cartográfica, por lo tanto, potenció para la Corona española un mayor dominio del territorio novohispano.

Para el siglo XVIII la geografía fue considerada “un saber enciclopédico y descriptivo” (Moncada, 2003:26) y por lo tanto carente de cientificismo; sin embargo, la física y las matemáticas, traducidas ambas en cartografía, dan indicadores de que la geografía comenzó un proceso en busca de la adquisición de carácter propio.

A la par de esta tendencia científicista, el tema territorial comenzó a abrirse más allá de las fronteras de los cartógrafos, y fue una elite intelectual la que comenzó a participar en el proyecto de las descripciones topográficas de México. Moncada se refiere en especial al trabajo de José Antonio de Alzate, quien a través de 20 años de observación y toma de registros ofreció a la sociedad una descripción topográfica de México. Desde mi punto de vista, más allá de la riqueza documental y del debate que generó su texto, el trabajo de Alzate puede leerse desde una perspectiva histórica, y reconocer a través de su discurso a un intelectual activo que impulsó las ideas de nacionalismo, no sólo al exaltar las virtudes de la ciudad de México, sino al destacar su superioridad ambiental frente a París y otras capitales importantes del mundo.

Para el último tercio del siglo XVIII la Nueva España contaba ya con una cartografía considerable. Las actividades geográficas se tradujeron en resultados concretos y contables debido a que ya no eran exclusivas de una corporación; de hecho, hubo una diversidad en sus participantes, entre los que destacaron en especial clérigos —jesuitas, para ser más exactos— y militares (ingenieros). Ejemplo del trabajo de los jesuitas es el del padre Eusebio Francisco Kino, quien a principios del siglo XVIII “(re)demostró la peninsularidad de la Antigua California” (Moncada, 2003:38). En cuanto a la cartografía realizada por los ingenieros militares, el autor estima que fue “sin duda, la más completa y más científica [...] y es el antecedente de lo que fue ya la moderna cartografía científica decimonónica” (Moncada, 2003:41).

En el ocaso del siglo XVIII se fundaron en la Nueva España la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos y el Real Seminario de Minería, sitios donde se impartieron cursos que ayudaron a la formación de la mayor parte de los geógrafos decimonónicos, quienes desarrollaron junto con los militares la Cartografía Cien-



tífica Mexicana. Con la creación de esta y otras instituciones “se abandonaba la tradición escolástica universitaria, permitiendo importantes avances en el campo de las ciencias experimentales” (Moncada, 2003:56).

Moncada no deja pasar la oportunidad de reflexionar sobre la obra de Alejandro de Humboldt, “Carta general del reino de la Nueva España”, de la que opina que fue la mejor realizada hasta ese momento, en especial cuando Humboldt se refiere a la parte central del territorio de la Nueva España, zona por la que viajó el barón. Sin embargo, para Moncada la participación del ingeniero mexicano Miguel Constanzó fue de gran utilidad para la obra del viajero. Asimismo, Moncada, si bien señala la importancia de la obra de Humboldt, indica “el gran error de presentar una sola cordillera que corre de norte a sur por toda la parte central del territorio” (Moncada, 2003:51).

La segunda parte del libro resulta más seductora, quizá por la pasión y atracción que en mí ejerce el siglo XIX. Desde el estudio de la historia política decimonónica, la geografía es fundamental si se quiere llegar a un mejor entendimiento de la formación de la nación mexicana.

A través de 44 páginas se puede comprender cuál fue el papel del Estado mexicano en la necesidad y establecimiento de distintas comisiones de límites integradas por ingenieros geógrafos para la delimitación de la frontera entre México y Estados Unidos. Se presentan tres momentos de este proceso de definición de la frontera. El primero inició en 1827 “para formalizar la frontera internacional entre el México independiente y los Estados Unidos de América”. El segundo tuvo lugar hacia 1847, luego de la derrota sufrida en la guerra con nuestro vecino del norte. El tercero corresponde a 1854, cuando se hizo una modificación a los límites debido a lo establecido en el Tratado de la Mesilla.¹ Por otro lado, el Estado mexicano mostró un nuevo interés en la formación de una conciencia geográfica; así, bajo la dirección del vicepresidente Valetín Gómez Farías, se comenzaron a elaborar los *Planes de Instrucción Pública* desde 1833, en los cuales se consideraba obligatorio cursar geografía. De igual manera, el Estado generó varios intentos, a través del Ministerio de Fomento y en distintos periodos gubernamentales, por establecer como obligatoria la clase de geografía. Incluso, en el mismo año de 1833, el Estado se interesó también en la creación del Instituto Nacional de Geografía y Estadísti-

¹ O Tratado Gadsden en Estados Unidos de Norteamérica.

ca. Quizá el objetivo entonces fue formar un grupo de científicos que pudieran estar al nivel de las necesidades, tanto internas como externas, del conocimiento de la geografía del país.

Como bien señala el autor, ese año de 1833 es importante tanto para la comunidad de geógrafos, por la “institucionalización académica de la disciplina” (Moncada, 2003:61), como para los intereses de la conformación de una conciencia geográfica fundamental para la nación en construcción. Sin embargo, los cambios que se vivieron en la esfera política afectaron directamente dicha institucionalización. Entre las constantes entradas y salidas de los diversos grupos de poder político comandados por las diferentes facciones, la estabilidad política no fue una virtud del México decimonónico. No obstante la falta de apoyo económico para la Comisión, hecho denunciado por el autor —quien indica que se tenía un raquítico presupuesto en comparación con su similar en Estados Unidos—, la geografía y sus practicantes lograron consolidarla como una prioridad en la vida nacional. Sin embargo, los resultados no siempre fueron agradables para México, como se puede ver en los nuevos límites de México con Estados Unidos a partir de 1847.

Como es bien sabido, la historia del siglo XIX en México nos muestra, además de fracturas políticas, una fractura territorial de la que jamás se recuperó. Con la lectura del libro de Moncada se puede inferir el sufrimiento de los ingenieros geógrafos de aquella primera mitad del siglo ante la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano. A través de este estudio, en el cual las representaciones son muy sugerentes, se puede imaginar que además de la miseria moral provocada por la guerra contra nuestros vecinos, la ingrata tarea² de establecer los límites que marcarían las fronteras para ambos países debió haber sido, además de conflictiva, sumamente dolorosa, pues se perdieron más de dos millones de kilómetros cuadrados.

Moncada argumenta, al igual que Paula Rebert (2000:13), que el mapa sobre el cual trabajaron los ingenieros de ambos países para determinar la frontera “contenía errores”, sin embargo, el autor sostiene que “se sirvieron de otro [mapa] para localizar San Diego (actualmente San Diego, California, EUA) de fines del siglo XVIII” (Moncada, 2003:91) y que por, lo tanto, “consideramos que dichos comisionados desconocían totalmente cuál era la realidad de las condiciones naturales por

² Cuya duración fue de siete años y en los cuales se sucedieron 10 presidentes de la república y más de 30 secretarios de Relaciones Exteriores (Moncada, 2003:95).



donde debían realizarse las observaciones” (Moncada, 2003:91). Difiero con el autor en este asunto. De acuerdo con el historiador Brian R. Hamnett (1998:60), la cuestión de San Diego, más allá de su pertenencia a la Alta California (como mantenía el gobierno estadounidense) o a la Baja California (la posición mexicana), es que “México cedió San Diego a Estados Unidos” para que abandonara, por el momento, su reclamo de derecho de tránsito por el istmo. Esto pone de manifiesto que había un conocimiento, aunque fuera básico, del espacio que estaba en disputa.

Entre los resultados positivos obtenidos por esta nueva comunidad científica, se puede destacar la creación, en el siglo XIX, del Observatorio Astronómico Nacional y de la Comisión Geográfico-Exploradora. Pronto fructificaron los esfuerzos, pues antes de finalizar el siglo XIX se presentó una clara inserción de este grupo de científicos, a través de participaciones académicas y científicas, en foros internacionales tanto en México como en el continente Europeo. Por fortuna, sus trabajos no se quedaron en un gabinete, al contrario, vieron la luz en forma de artículos y libros; su indudable difusión permitió al grupo de científicos un posicionamiento en ámbitos académicos tanto nacionales como internacionales.

Finalmente, Moncada Maya a través de *El nacimiento de una disciplina* plantea preguntas a las cuales ofrece respuestas; sin embargo, la riqueza del texto está anclada en las preguntas que éste provoca en los lectores. Debido a su capacidad de provocación y de crítica considero que el libro de Moncada es una obra que no debe faltar en las lecturas de todo estudiante, actual y actualizado, de geografía e historia.

■ Bibliografía

- HAMNETT, Brian R. (1998), “La geopolítica del sureste y la guerra con Estados Unidos, 1846-1848”, *Historias*, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm. 41, octubre-diciembre.
- MONCADA MAYA, José Omar (2003), *El nacimiento de una disciplina: la geografía en México (siglos XVI al XIX)*, México, UNAM, Instituto de Geografía.
- REBERT, Paula (2000), “Los ingenieros mexicanos en la frontera: cartografía de los límites entre México y Estados Unidos, 1849-1857”, en Héctor Mendoza Vargas (coord.), *México a través de los mapas*, México, UNAM, Instituto de Geografía, Plaza y Valdés.